



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

Ángela Nzambi
Biyaare (Estrellas)
[Selección de relatos]

Edición impresa

Ángela Nzambi, *Biyaare (Estrellas)* (2015)

En

Ángela Nzambi (2015) *Biyaare*. Madrid: Sial / Casa de África.
(pp.39-44)

Edición digital

Ángela Nzambi, *Biyaare (Estrellas)*. [Selección de relatos] (2016)

Vicente E. Montes (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
Noviembre 2016



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) .



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Biyaare (Estrellas) Ángela Nzambi

La factura

Le observaba desde el auditorio de un seminario sobre la imagen de la inmigración en los medios de comunicación, y se iba convirtiendo en candidato para las infinitas preguntas que me rondaban por esas fechas, mientras organizaba el taller sobre las pautas culturales en África Sursahariana. Su reseña en el programa decía que era de un país del oeste africano, trabajaba en un consultoría social y estaba cursando un máster en cooperación al desarrollo. En su presentación, la moderadora añadió que Fallou Cissé llevaba poco tiempo en la ciudad.

En la comida coincidimos sentados en la misma mesa y en sillas contiguas, y tuve el momento esperado para preguntar y aportar algo a mi trabajo. Pero él no creía que se pudiera hablar de pautas culturales comunes en el continente africano y menos de una identidad cultural. No era por tanto un *cheikh-antaísta* por muy compatriotas que fueran. Mas escuchó mis opiniones y quedamos en llamarnos o escribirnos por correo electrónico.

Meses después nos encontramos en casa de un amigo, en una cena en la que todos y cada uno de los invitados encarnábamos las identidades señaladas, en la sociología del lugar donde nos encontrábamos, entre los grupos de exclusión social-discapacidades físicas, etnias, género, orientaciones sexuales, hábitos y procesos de vida. Y junto con los exquisitos platos y vino, la problemática social también estuvo servida. Volví a sacar el tema de la identidad cultural africana, ya había avanzado en mis lecturas, y comenté, sólo fue un comentario, la necesidad de que ciertos temas en relación con el continente los pudiéramos abordar de forma conjunta en la diáspora, al margen de criterios étnicos, religiosos o nacionales como era habitual. Al final de la cena Fallou y yo quedamos, de nuevo, en llamarnos o escribirnos como no hicimos antes.

Semanas después me llamó. Había comentado con un amigo la idea de crear una asociación de estudios africanos y pensó en mí como una de las personas con las que podían contar. “¿Qué te parece?”. Me preguntó. Nos reímos, reconociendo ambos el precedente de la pregunta. Divagábamos sobre un encuentro previo al del grupo para determinar un orden del día cuando propuso: “¿Te importaría si cenamos en mi casa?”. Al rato, fue en una fracción de segundos, mi imaginación empezó a vagar por infinitos espacios buscando constelaciones libres.

En nuestros encuentros me había parecido un hombre atractivo; era alto y delgado, con la piel aceitunada que nos habría valido el nombre a la raza. En esa misma fracción de segundos pensé en los míos y en los suyos, en las etnias, las castas, las religiones de las que había hablado la pintora Sara; en

el qué dirían los unos y los otros; que unos llamarían con algún nombre despectivo, *les ñac* —gente del bosque, descendientes de pigmeos y bosquimanos—; que otros dirían, *bur bo bitumbo* —gente del mundo, todo aquél cuyas facciones se desvían de las locales, sinónimo de aquello que desconocen—; pensé también en una hipotética *toguna* o consejo de los ancianos de la comunidad, tratando de evitar una cruzada de las normas tácitas escritas en nuestros guiones personales. De vuelta a la realidad, con la línea telefónica todavía abierta, anoté el día y la dirección de la casa. Estaría allí a las ocho, le dije. «Yo estaré disponible a partir de las seis.» Añadió él.

La noche de la cena coincidió con una noche de fiesta en la ciudad. Las personas habían tomado las calles y los coches pasaban en procesión por las circunvalaciones, una imagen insólita en otros días. Media hora antes de la prevista para la cena, todavía trataba de llegar a mi casa, en medio del gentío, para ducharme y cambiarme de ropa, después de una tarde de caminata por la ciudad. Tampoco había comprado la bebida que iba a llevar. Llamé para retrasar la hora. “¿Qué tal?”, pregunté, imaginando el ajetreo habitual en esas ocasiones, de cocinar y disponer la mesa.

Llegué a las nueve bromeando sobre nuestra concepción del tiempo de la que se hacía eco el mundo. Parado en la puerta para recibirme, con una sonrisa en la que no me había fijado y extendiendo los brazos, pareció como si nos conociéramos de siempre. Me hizo pasar al salón, puso la bebida encima de la mesa —todavía no estaba puesta— entró en un cuarto y salió poniéndose el abrigo. Íbamos a comprar.

Me repuse rápidamente de la sorpresa. Mi memoria trajo enseguida imágenes de antaño y el significado de sus palabras cuando al proponer la cena y después de acordar la hora, dijo: “Estaré disponible a partir de las seis”.

Pasadas las nueve, en una noche de fiesta en la ciudad, salíamos a buscar un supermercado donde comprar los ingredientes de la cena. El que le indicaron estaba cerrado. Sugirió entonces que cenáramos en algún restaurante. Pero, veinte minutos después de la sorpresa ya había tomado posición: las calles eran senderos, las luces, lámparas, y los cláxones de los coches, ecos de tambores y voces de lechuzas. Cerca había otro supermercado, allí acababa de comprar la bebida, y cerraban tarde.

En el supermercado me preguntó qué íbamos a cenar y qué debía coger, e iba metiendo en la cesta los productos que le señalaba. En la caja no permitió que pagáramos por mitades, como era costumbre en la cultura del lugar donde nos encontrábamos. Pagó él.

De nuevo en su piso y en la cocina, me indicó dónde estaban los utensilios y pidió que le dijera qué tenía él que hacer. “No quiero perder la costumbre de dejarle a la mujer sus dominios”, dijo después, cuando le señalé lo anecdótico de ese incidente. Me puse el delantal como si me pusiera el *bubu*, y mientras él lavaba las verduras para la ensalada, yo rehogaba el pollo en cebolla, limón y jengibre.

En la larga velada dimos la vuelta por el continente negro, recorriendo sus pueblos, tradiciones y contradicciones. Una conversación habitual en las personas que vivíamos la diáspora. Fallou sabía escuchar, aunque cierto esfuerzo en sus maneras delatara su adaptación. Entre tanto, me preguntaba si

este hombre, con sus más de cuarenta años pasados en su medio cultural, podría asimilar algunos de los aspectos del feminismo occidental que yo pretendía exportar.

De vuelta a mi piso, desde el taxi, le mandé un mensaje dándole las gracias por la cena y la excelente conversación. Más por lo último que lo primero. Y respondió diciendo que esperaba muchas cenas más. Entonces me propuse, que cuando me tocase a mí la invitación a cenar —y por tanto iría a comprar, preparar la comida y pondría la mesa— el mensaje que le mandaría sería un archivo con líneas de cantidades e importes. Ya puestos, yo tampoco quería perder la costumbre de dejarle a un hombre sus dominios.

Imaginario

La decisión empezó porque había utilizado la palabra *tribu* en un relato. En el momento de leerlo me señaló las connotaciones negativas que tenía, las razones por las cuales ya no se debería utilizar. No era ajena a tal discusión sobre la utilización del concepto en las sociedades africanas, lo había leído en un artículo firmado por varios intelectuales del continente; tampoco me estaba poniendo al margen de su opinión, fundamentada en estudios y un profundo conocimiento de sus sociedades.

Pero el concepto seguía siendo usual en Bara para traducir al castellano el de *ayong* —en lengua Pong—, y su significado y contextualización coincidía con el grueso de sus acepciones en el diccionario de la RAE: "...cada una de las agrupaciones en que algunos pueblos estaban divididos; grupo social primitivo de un mismo origen, real o supuesto, cuyos miembros suelen tener en común usos y costumbres...". Esa segmentación existía en el interior de nuestras etnias, en la Bisio y en la Pong, las que más conocía, y servía, entre otras, como límite de la exogamia. Tal vez fuera lo de "primitivo" lo que se prestaba a la discusión.

Sólo por decir algo al respecto, y no como autodefensa, le dije a mi amiga que había otros conceptos —de entre los que se referían a las sociedades y culturas africanas— que requerían de mayor discusión que el aludido, porque no tenían ninguna relación con el contexto sino que "eran fruto del derecho a nombrar que se arrogaron unos", como dijera un profesor. Y puse algunos ejemplos de entre los más comunes.

Ese pareció ser el momento que cambió lo que hasta entonces seguía siendo una conversación, aunque con flecos, y surgió el tema del imaginario de las sociedades africanas por los occidentales, acompañado de su pesada carga emotiva: "El que había provocado el drama que todavía sufría tanta gente... El que estaba en los despachos de las organizaciones internacionales, donde se tomaban

decisiones relacionadas con el continente sin la consideración de su gente... El que formaba parte de un plan estructurado...". Faty hablaba con el ímpetu y la seguridad con las que podía hacerlo alguien como ella, que trabajaba para cambiar ese imaginario con sus diversos proyectos y colaboraciones con los más prestigiosos grupos africanistas.

Sin embargo, me pareció exagerado el carril que había tomado la conversación. Adopté una actitud de escucha, como hacía siempre que ella hablaba, por la admiración y el respeto que sentía por ella, por sus conocimientos y los viajes que había realizado a varios países del continente africano. Ella juzgó esa actitud de "relativista", como si le diera poca importancia a la problemática que me estaba señalando. Mantuve mi actitud a pesar de sus juicios. "Tu praxis me lo confirma", dijo. Admiraba su exquisito léxico y su fluidez verbal. "Si esa lucha no es tuya...", añadió. Esto último me alteró, y tanto la falta de argumentos para rebatirla como el atolladero al que habíamos llegado, me llevaron a recordarle que, entre las dos la africana era yo. En el mismo instante que terminé de decir esto último, supe que a partir de esa noche nuestra amistad se conjugaría en pretérito, porque ninguna de las dos toleraría esa actitud xenófoba.

Habíamos sido víctimas de la historia, del recuerdo que como azotes pegaba y pegaba instalando el dolor en las entrañas, de los fantasmas que seguían pululando, buscando resquicios por donde asomarse.